

LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1917: El Asalto al Palacio de Invierno

“Semejantes a un río negro que llenara toda la calle, sin cantos y sin risas, pasábamos bajo el Arco Rojo, cuando un hombre que caminaba justamente detrás de mí dijo en voz alta: ‘¡Atención, camaradas! No hay que fiarse de ellos. Seguramente tirarán’ (...). Después de permanecer agazapados unos minutos (...), la tropa, compuesta por varios centenares de hombres, recobró la calma y sin nuevas órdenes, continuó el avance. Gracias a la luz que caía de las ventanas del Palacio de Invierno pude apreciar que los doscientos o trescientos primeros hombres eran guardias rojos, entre los cuales solo se hallaban diseminados unos cuantos soldados. Escalamos la barricada de leños que defendía el palacio, y lanzamos un grito de triunfo al caer al otro lado, sobre un montón de fusiles abandonados por los junkers. A ambos lados de la entrada principal, las puertas estaban abiertas de par en par, dejando brotar la luz; pero no salía el menor ruido del inmenso edificio.

La impaciente oleada de la tropa nos empujó a la entrada de la derecha, de paredes desnudas: el sótano del ala este, de donde partía un laberinto de pasillos y escaleras. Guardias rojos y soldados se precipitaron enseguida sobre unos grandes cajones de embalaje que se hallaban allí, saltando las tapas a culatazos y sacando de ellos tapices, cortinas, ropa blanca, vajilla de porcelana, cristalería... Uno de ellos mostraba orgullosamente un reloj de chimenea de bronce, que se había echado al hombro. Otro se había colocado en el sombrero una pluma de avestruz. No había hecho más que empezar el saqueo, cuando se dejó oír una voz: ‘¡Camaradas, no toquéis nada, no cojáis nada; todo es propiedad del pueblo!’ Y en el acto, veinte voces repitieron: ‘¡Alto! Volved a poner todo en su sitio; prohibido tocar nada; propiedad del pueblo’ (...). Los objetos volvieron a ser colocados mejor o peor en sus cajones y varios hombres se encargaron espontáneamente de montar la guardia. Nos trasladamos a la entrada de la izquierda, en el ala oeste. Dos guardias rojos, un oficial y un soldado estaban de pie, con el revólver en la mano; otro soldado estaba sentado en una mesa con pluma y papel. Por todas partes se oía el grito: ‘¡Todo el mundo fuera!’ y poco a poco la tropa empezó a cruzar las puertas, atropellándose, murmurando y protestando. A cada soldado se le cogía y se le registraba, se le vaciaban los bolsillos, se le miraba debajo del capote. Todo lo que no era evidentemente suyo, se le decomisaba. También se presentaban junkers en grupos de tres o cuatro (...). También estos se habían llenado los bolsillos (...). Además, los junkers eran desarmados. –¿Y ahora –se les preguntaba–, volveréis a coger las armas contra el pueblo? Uno tras otro contestaban que no, y con esta promesa se les dejaba en libertad”

(John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*).